
Un Amigo

Federico Gana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7506

Título: Un Amigo
Autor: Federico Gana
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 29 de junio de 2022
Fecha de modificación: 29 de junio de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Un Amigo

Esta fresca mañana de febrero, en el campo, mañana de sol suave y cielo azul, sin una nube, trae a mi recuerdo imágenes de mi lejana adolescencia.

Me veo joven, lleno de vida y esperanza en el porvenir; como en una rápida cinta cinematográfica acuden sin cesar a mi imaginación hechos olvidados, paisajes, emociones, tan vivas, de entonces, que me parece sentir las todavía.

Veo la casa vieja, el estero que la bordeaba, los sauces que le daban sombra, las aguas que corrían sin ruido entre las raíces descubiertas de las pataguas, de los arrayanes, el sol que en grandes rayos penetraba curioso entre el ramaje, escucho el canto de las aves que perturban la calma de esas mañanas.

Y llegan y me rodean mis amigos de entonces, los mejores, mis perros de caza.

Fueron tres: Marqués, el primero y más presente en mi memoria; Duque y Mario. De estos últimos recuerdo solamente que el primero era un español, de aguas, de largas orejas, que todo el día pasábalo sumergido en el estero cercano, y del segundo, un pointer café, de gran alzada y maestro en la caza de la perdiz.

Marqués era un bravo francés, de patas cortas y vigorosas, ancho de pecho, blanco, tachonado en la espalda, la cabeza y las orejas de grandes manchas café.

Recuerdo con claridad cómo nos hicimos amigos. Recorríamos con mi padre los potreros del fundo una tarde fría, nebulosa

y desagradable de otoño. Marqués corría a nuestro alrededor, rastreando nerviosamente el terreno. De pronto se detuvo y principió a husmear el terreno con cuidado, muy lento, con los ojos encandilados, fijos; avanzaba quedo, como si temiese que las espinas hicieran mal a sus patas. Mi padre descendió del caballo con la escopeta empuñada. De pronto el perro quedó inmóvil, con el cuello rígido, la cola tiesa, hacia arriba, mientras todo su cuerpo se estremecía nerviosamente; una de sus manos la elevaba en alto.

Mi padre dijo entonces fuerte: "Anda, busca", y el animal dio un salto en ademán de atrapar algo. De un pequeño matorral, alzóse, silbando, una perdiz. Sonó un tiro y el ave continuó su vuelo libre, perseguida furiosamente por Marqués, que no obedecía a los llamados de mi padre.

Y así volaron tres perdices a las que mi padre errara. Entonces él, corriendo, me dijo: "Estamos de mala hoy, caza tú", y me tendió la escopeta y algunos tiros.

Era la primera vez que yo cazaba.

Y siguieron las cacerías. Recuerdo algunas de las peculiaridades de Marqués. Cuando rastreaba una pieza en un reguero seco, hacía una breve parada en el lugar donde husmeara el rastro; en seguida, rápidamente, corría, agazapándose en los desmontes del reguero, y, al final de esta carrera, en la que había tratado de sobrar al ave, que huía, asomábase de súbito para que la pieza le viese y quedase inmóvil. Después volvía atrás y rastreaba cuidadosamente toda la cuerda de este arco de círculo. Jamás dejó de encontrar y parar a la perdiz con esta maniobra, que era ya su táctica acostumbrada. Cuando rastreaba dos perdices, hacía la parada de muestra, echando la cabeza apoyada en las manos delanteras, mirando a uno y otro lado. Esta parada original, permitíame hacer con facilidad admirable "tiros reales" que aumentaban mi fama de cazador por aquellos contornos, y halagaban mi juvenil amor propio.

Cuando cazábamos cerca de esos montes que se alzan en los lugares pantanosos, le veía entrar cauteloso, siguiendo un rastro, en la sombra espesa de la maraña. Yo esperaba afuera para no humedecerme los pies con el agua que fluía de las innumerables vertientes que corrían al pie de los arrayanes, de los maquis, de los laureles, de los

lingues, de los peumos, de los canelos, de los helechos, y de las lianas, de toda esa numerosísima flora de nuestros bosques del sur. Escuchaba atento su ajeteo; su respiración agitada, anhelante; el ruido de las ramas que se quebraban a su paso. Después, largos silencios. Al fin, un agudísimo grito de ave; un instante después veíale aparecer entre el ramaje, con una perdiz aleteando moribunda en el hocico, que había cazado solo. Tal vez no era Marqués un perro maestro, pero yo admiraba esta astucia, esta inteligencia naturales que hacían más estrecha nuestra unión.

Un día de invierno había partido antes que amaneciera, bajo la luz de las estrellas, a cazar a "El Canelillo", situado en la base de las montañas, a tres leguas, más o menos, del fundo de mi padre. La mañana era heladísima, las riendas me quemaban las manos. La excursión había sido buena; mi morral venía lleno de perdices, de porotos, de tórtolas, de patos. Marchábamos de regreso, al galope, cayendo la noche, por el extenso y abierto llano de Panimávida; Marqués corría al lado de mi caballo. De pronto miré a los Andes y no les vi. Rodeábame una niebla espesa y me sentía de pronto perdido en el llano; no sabía en qué dirección marchaba; ya seguía corriendo mi camino, ya cambiaba de rumbo. Después de numerosas y rápidas carreras en distintos sentidos, detúveme a reflexionar. Me dije: Estoy perdido, no sé dónde está el norte, ni el sur; pero alguno de estos caminitos me llevará a alguna parte. Tomé, pues, resueltamente una senda que creí me llevaba a la base de las montañas de donde acababa de partir, y, caso curioso, ésta era la dirección buena, la que me llevaba al fundo de mi padre. Llegamos a la casa después de las doce de la noche.

Al día siguiente observaba yo al perro tendido, lamiéndose, sin una queja, los dedos gastadísimos de las patas y rehusando todo alimento.

Y pasó tiempo después de esa excursión, y un amanecer de invierno resolví repetirla. Mi padre habíame pedido regresara temprano, porque me necesitaba para algo del fundo; resolví regresar antes que el sol se pusiera; además, la cacería había sido, como de costumbre, muy buena.

Montado en mi caballo, hacía los últimos gestos de despedida a don Ramón, el dueño del fundo, y llamé a Marqués, el que, observaba con extrañeza, permanecía sordo a mi llamado, en el alto corredor, moviendo suavemente la cola y mirándome con sus ojos llenos de luz. Don Ramón me dijo:

—Parece que el perro no quiere irse con Ud.; no lo sigue; ¿por qué no lo lleva amarrado?

Hizo traer una cuerda y lo atamos; pero el animal gruñía y mordía furiosamente el cordel. Estaba visto que no quería partir conmigo. Entonces dije a don Ramón:

—No sé lo que le pasa a este animal; no quiere seguirme, cúdemelo esta noche de los guardianes suyos para que no lo maten, mañana enviaré al mozo por él.

Al día siguiente di la orden y el muchacho me dijo.

—¿El Marqués? Si llegó al amanecer, con la fresca.

Y yo pensé: He aquí una prueba clara de inteligencia completa en un animal; no quiso acompañarme porque recordaba los padecimientos sufridos cuando yo me perdiera en el llano y resolvió hacer el viaje solo, cómodamente.

De regreso al fundo, de uno de mis frecuentes viajes a Santiago, dirigí la mirada por el extenso patio de las casas. Mi padre que, como de costumbre, paseaba por el corredor,

me dijo.

—¿Buscas al Marqués? Ya no está aquí; lo atacó la hidrofobia y hubo que darle un tiro para que no padeciese más el pobre animal.

Federico Gana



Federico Gana Gana (Santiago de Chile, 15 de enero de 1867 – Ibídem, 22 de abril de 1926) fue un escritor y diplomático chileno.

Hijo mayor de Federico Gana Munizaga y Rosario Gana Castro,¹ primos hermanos entre sí y descendientes de Alberto Blest Gana. Inició sus estudios secundarios en el Liceo de Linares en 1878, donde cursó el primer año.

Continuó y finalizó su preparación secundaria en el Instituto Nacional. Obtuvo el título de Abogado en la Universidad de Chile en 1890, pero ejerció por muy poco tiempo.

Vivió principalmente en Santiago y en San Bernardo. En octubre de 1890 apareció su primera publicación en el semanario La Actualidad, el cuento "¡Pobre vieja!", que firmó con el seudónimo Pedro Simple. A fines de ese año fue nombrado Segundo Secretario de la Legación Chilena en Londres, cargo que dejó con la caída del gobierno de José Manuel Balmaceda. Regreso a Chile, en 1892.

En marzo de 1894, apareció otro cuento, "Por un perro", que más tarde tituló "Un carácter". En julio de 1897, La Revista Literaria publicó el relato "Una mañana de invierno", conocido luego como "La Maiga", con el que comienza la corriente de criollismo rural en el país. En 1903 se casó con Blanca Subercaseux del Río, con quien tuvo seis hijos. Este mismo año participó, junto a su amigo Baldomero Lillo, en un concurso literario organizado por la Revista Católica, con los cuentos "La señora", "En las montañas", y "La Maiga".

Colaboró en Zig-Zag desde 1906. En esta revista comenzó su publicación de sus Manchas de color en 1914. Una gran cantidad de páginas suyas circularon en diversas publicaciones periódicas, como La Revista Nueva, Sucesos, Silueta Magazine, El Mercurio, La Nación, Atenea, Las Últimas Noticias.

Los estudios sobre el cuento chileno y su evolución, ha establecido categóricamente que Federico Gana es el auténtico descubridor del campo chileno como tema de este género narrativo. Surgido en el ambiente modernista de fines del siglo XIX, sus cuentos juveniles revelan una natural vacilación entre esa tendencia subjetiva y evanescente que causó el modernismo en sus inicios y la utilización de los motivos concretos que ofrecía la naturaleza del país.